

Las vikingas voladoras



En las primeras elecciones locales de la Sicilia liberada y democrática, no hubo pueblo (ni uno solo) de la provincia de Montelusa en el que no ganara, por mayoría absoluta, un alcalde del nuevo partido demócrata-cristiano que tenía por símbolo el escudo con la cruz.

Nuevo es una forma de hablar, porque antes del fascismo se llamaba Partito Popolare Italiano (Pipí) y lo fundó un cura, don Luici Sturzo.

Los viejos socialistas, los comunistas que regresaron del confinamiento, los liberales, los republicanos quedaron en minoría no porque teóricamente no pudieran haber obtenido los votos suficientes, sino porque los sicilianos (gente experta), comprendieron enseguida de dónde soplaba el viento e izaron la vela en el sentido correcto.

«Yo votaría bien a gusto a los comunistas, pero tienen la desagradable costumbre de ser honrados, y en este maldito país solo se funciona bien a fuerza de intercambios de favores, de enchufes y recomendaciones, de patadas en el culo que te llevan hacia adelante. En cambio, esos, los comunistas, son como santos que no sudan y, por tanto, voto perdido».

«¿Los socialistas? Ni hablar. ¿Qué es eso del sol del porvenir? El sol es siempre sol, ¡no cambiará en los tiempos por venir! Además, no son católicos, no pueden ver a los curas, no van a misa. No, no es cuestión. Mejor es votar entonces a los comunistas, que estos, por lo menos, tienen lo del amor libre».

«¿Los liberales? ¡Dios nos libre! ¿Qué significa liberal? ¿Que uno puede hacer lo primero que se le pasa por la cabeza? ¡Imagínate qué putiferio, qué grandísimo jaleo! Mussolini, ¿qué era, ¿liberal? Aquel, si uno no hacía lo que quería él, lo mandaba a la cárcel y si te he visto no me acuerdo».

«¿Los republicanos? No, ¡por favor! Su majestad el rey y su hijo Umberto, ¡ni tocarlos! Vale, de acuerdo, su majestad se escapó dejándonos en la mierda, estamos de acuerdo, pero él era el primero que tenía el sacrosanto deber de salvar la corona».

Y los curas, bien durante la secreta confesión, bien desde el púlpito, en todas las iglesias, no habían hecho más que repetir:

—¡Estad atentos! Os lo ruego, votad por el escudo de la cruz, que significa que sois buenos cristianos y que sentís devoción por Dios nuestro Señor, por Jesucristo y por el papa. Y recordad: ¡Dios os ve en la cabina electoral; Stalin, no!

El alcalde de Vigàta se llamaba Giurlanno Piscitello y era un médico de unos cuarenta años. Soltero, los domingos se confesaba y comulgaba. Pero, excepto por esto, no era un hombre de mucha misa.

Los demás alcaldes iban un día sí y otro no a consultar al obispo de Montelusa, su excelencia Emerindo Galluppi, que era el verdadero jefe del partido. Giurlanno, en cambio, no iba nunca.

Si se mira con perspectiva temporal, Giurlanno Piscitello fue un precursor. Hoy en día, no hay pueblo, por pequeño

que sea, que no tenga su sarao gastronómico en honor de algo: de la menestra de verduras, de la patata, de la castaña, de la salchicha, de la alcachofa, del haba y de lo que ustedes quieran.

Él fue el primero en toda la historia que organizó un festival con la participación de cantantes, charangas y prestidigitadores. Y lo llamó «Saroo de la Sardina Frita», visto que en aquellos tiempos el puerto estaba lleno llenísimo de chalupas a vapor y de barcas de vela.

Como el cuartel del ejército lo habían destruido las bombas de los que llamábamos «miricanos», el alcalde, desescombrado el sitio, hizo que apareciera allí una plaza bien grande, y mandó fabricar sartenes tan grandes que para manejarlas hacía falta la fuerza de cuatro hombres, y acaparó durante dos días las sardinas que pescaron las barcas y montó una mesa que no se acababa nunca.

Las sardinas, apenas fritas, calientes calentitas, iban a parar a fuentes enormes de las que la gente las pillaba con la mano y se las comía: todas las que quisieran, ¡y gratis!

Dos años después, los forasteros empezaron a acercarse a centenares a Vigàta, y venían de los pueblos cercanos porque allí las únicas fiestas que había eran procesiones y novenas. Parecía que estuvieran siempre en Semana Santa.

Y fue así como el sarao de la sardina, que se celebraba el 1 de septiembre, en lugar de ocupar solo un día, se alargó hasta tres.

En consecuencia, aparecieron cuatro o cinco tenderetes, Calorio Fiannaca se puso a vender vino a un tercio del precio habitual, el pan que hacía el panadero costaba la mitad, incluso pusieron un carrusel.

Como siempre, los preparativos para el cuarto sarao de la sardina empezaron diez días antes, es decir, el 20 de agosto.

Esta vez, los vigatanos vieron enseguida que había una nueva novedad. En el campo de deportes de la Marina, gentilmente prestado al alcalde, cuatro camiones con remolque descargaron una gran cantidad de cosas de hierro que no se comprendía bien para qué podían servir.

Alguno se lo preguntó al alcalde, pero este se limitó a sonreír y a decir:

—¡Ya veréis! Os quedaréis con la boca abierta.

Día a día, gracias al trabajo de una decena de operarios que hablaban una lengua extraña y con la ayuda de una grúa enorme, el material fue cogiendo forma hasta que en medio del campo apareció una especie de cisterna gigante, cilíndrica, alta como una casa de tres pisos, que a su vez contenía otra cisterna cuyo diámetro era de veinte metros.

Para poder entrar en ella se pasaba a través de una portezuela baja y estrecha que ajustaba tan bien que, una vez cerrada, no dejaba ver que allí había una puerta.

En la parte exterior de la primera cisterna había una escalera de hierro que llevaba hasta la cima, donde una baranda daba la vuelta a la cisterna. De este modo, alguien que se asomara desde lo alto podía ver lo que sucedía dentro de la cisterna interior.

La baranda, ancha poco más de un metro, estaba hecha para contener treinta personas de pie.

Pero nadie sabía para qué servía aquella construcción, que recordaba un depósito de gas, pero completamente cerrado.

Era imposible obtener explicaciones de los trabajadores, bien porque no se entendía una beata *minchia* lo que decían, bien porque no daban confianzas. Por la tarde iban a beber vino a la taberna de Giugiuzzo, pero estaban siempre en grupo. Luego, iban a acostarse en dos grandes carromatos que habían traído con ellos.

A primera hora de la mañana del 27 de agosto, cuando la curiosidad de los paisanos había llegado al máximo, aparecieron dos carromatos más y se organizaron en formación de cuadro con los otros dos.

De uno de aquellos, dos chavales que pasaron por allí vieron salir cuatro mujeres de una belleza tal que no era posible imaginar ni en sueños. Corrieron a contarlo por el pueblo.

El misterio quedó desvelado aquella misma tarde, cuando por las calles aparecieron carteles en color que mostraban a cuatro chavalas rubias y hermosísimas, cabellos al viento, a caballo de cuatro potentes motocicletas: una roja, una negra, una blanca y una verde.

¡LA RUEDA DE LA MUERTE!

Liv, Annie, Kaj, Ingrid:

las cuatro

VIKINGAS VOLADORAS

¡Escalofriante! ¡Escalofriante! ¡Escalofriante!

Todos los días, del 1 al 10 de septiembre,

cuatro espectáculos vespertinos

que iniciarán a las 8 y media en punto.

No se admitirán más de 30 espectadores

por espectáculo.

Precio de la entrada, 10 liras por persona.

La entrada costaba lo suyo, por eso al espectáculo de las ocho y media del primer día acudieron, mal contadas, unas diez personas.

Al segundo acudieron veinte; al tercero, treinta; para el cuarto, se formó una fila enorme que hubo de reservar entrada para el día siguiente.

Los que fueron el 1 de septiembre dijeron maravillas.

Las cuatro jóvenes, bellísimas, muchísimo más guapas de como aparecían en los carteles, altas las cuatro por igual (metrochenta), el pelo larguísimo casi casi hasta donde acaba la espalda, dentro de un mono negro ceñidísimo, entraban una detrás de otra por la portezuela, que se cerraba de inmediato una vez estaban dentro.

Cada una de ellas tenía por el manubrio una motocicleta Harley-Davidson.

Luego, tras hacer una reverencia al público, la primera de ellas, que era siempre la que conducía la moto blanca, se subía a ella y empezaba a correr por la pista circular que formaban las paredes de la cisterna, al poco la imitaban la roja, la negra y la verde. Aceleraban y aceleraban hasta que la blanca cogía velocidad suficiente para subirse por las paredes; detrás, las otras hacían lo mismo. Llegadas a un punto, las cuatro motocicletas giraban así, con las ruedas como pegadas a las paredes y los cuerpos de las chavalas horizontales al suelo.

El ruido de los motores se hacía ensordecedor y, con cada vuelta, las motos subían y subían hasta acercarse casi a las narices de los espectadores que se las miraban desde la barandilla.

Luego, bajaban hasta media pared y empezaban a hacer acrobacias, la verde zigzagueaba y se cruzaba con las otras, ahora por arriba, ahora por abajo, la roja y la blanca se acercaban tanto que las dos jóvenes, sin dejar de correr a gran velocidad, se pasaban un brazo por encima del hombro y seguían así un par de vueltas.

En suma, era de verdad una cosa de escalofrío, como decían los carteles.

La primera noche, acabados los espectáculos, se formó una cola de jóvenes ilusionados que esperaban la salida de las cuatro mujeres.

Las vikingas, tras dejar la moto a cuatro ayudantes, se retiraron a los carromatos y no volvieron a salir. Parece ser que cocinaban dentro.

La mañana siguiente las vikingas la pasaron revisando (con la ayuda de dos técnicos) las motocicletas, que guardaban en el cuarto carromato, el que hacía las veces de taller-aparcamiento. Luego, metieron las motos en la cisterna, que los ayudantes habían limpiado milímetro a milímetro, y dieron cuatro vueltas de prueba.

Por la tarde, estuvieron tres horas venga a hacer gimnasia dentro del cuarto carromato, fuera de la vista de los curiosos.

Y así pasaron todos los días que estuvieron en el pueblo.

Solo salieron dos veces hasta el café Castiglione para tomar un helado. Las acompañaban dos operarios como dos colosos, y nadie intentó acercarse.

En suma, al tercer día, los jóvenes ilusionados y esperanzados perdieron la esperanza y comprendieron que con las vikingas no había nada que hacer.

Aquella misma mañana, una de las cuatro, la que respondía al nombre de Ingrid, fue escoltada por un operario-coloso, a la consulta del doctor Lavagnino porque la tarde anterior se había quemado el muslo izquierdo mientras cocinaba con un hornillo de gas. La joven, cuando le llegó el turno, entró en la consulta y el coloso se quedó a esperarla en la sala de espera.

Cuando el doctor Ciccio Lavagnino se la vio delante de improviso, se quedó sin aliento. Se levantó como si le hubieran quemado el culo, hizo una reverencia y en lugar de estrechar la mano que ella le tendía, se la besó.

—¡Ah, los italianos! —dijo sonriendo Ingrid en alemán. Era sueca, pero fuera de su país nadie entendía su idioma.

—Nosotros veneramos las mujeres hermosas —respondió el médico, también él en alemán.

Lo hablaba porque había hecho la guerra en África septentrional con los alemanes, que entonces eran los aliados.

La joven le contó que se había quemado y le dijo dónde.

—Quítese la falda y acuéstese en la camilla.

Apenas ella obedeció, el médico, a la vista de que aquella gracia divina nunca antes vista (y hay que decir que mujeres hermosas había visto no pocas), no resistió.

—Perdone usted un momento —dijo.

Y fue al baño a meter la cabeza debajo del grifo. Le pareció que dentro de la cabeza le había pasado algo semejante a lo que debe de ser la erupción del Etna.

El doctor Ciccio Lavagnino era un cincuentón soltero, corto de estatura, los ojos de pirata sarraceno, la cara larga y simpática. Hombre rico, se le conocía en el pueblo por ser avaro con lo del dinero, aunque no les cobraba las visitas a los pobres y, si hacía falta, se rascaba el bolsillo para pagar algunos medicamentos. En cambio, era capaz de gastar un dineral si se trataba de hacerle una broma a los paisanos.